

Folleto nº 17

LA EPOPEYA



DE

COLÓN

(BOSQUEJO ÉPICO)

POR

J. DEVOLX

Laureado con medalla de oro por la Academia Española

A-3/13



MADRID

1892



Regalo del autor

Trt. 114182

Ca. 45/9

C.B. 326441

LA EPOPEYA DE COLÓN

DEPOSITO



10000326441

Ca-45/9 R/F.17

Ca-3/13

R/F. 17



LA EPOPEYA
DE
COLÓN

(BOSQUEJO ÉPICO)

POR

J. DEVOLX

Laureado con medalla de oro por la Academia Española.



MADRID
IMPRESA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Calle de la Alhambra, 1.—Teléfono 4.181.

1892

Es propiedad del autor.

Á MI AMADO PADRE

EL SEÑOR

D. MANUEL DEVOLX Y GONZALEZ

En mi deseo de que, antes que la muerte nos separe, su nombre permanezca en esta página enlazado por vínculos de respeto y amor con el de su siempre amante hijo,

EL AUTOR

I

EL ÁNGEL DE AMÉRICA





En el cielo.

UN GRUPO DE ÁNGELES

QUIÉN es ese que sube,
De estrellas revestido,
Cándido y bello cual franjada nube
Que una lluvia de estrellas abrillanta,
Y con tan raudo vuelo y atrevido
A la entrada del cielo se adelanta,
Que de un sol á otro sol, de esfera á esfera,
Lo que en cada momento ha recorrido
Un hombre en treinta siglos no lo viera?

UN CORO DE POTESTADES

Parece arcángel de ignorado cielo;
Pues aunque en nuestro empíreo su hermosura
Al lado mismo de Gabriel luciera,
No hay paz en su mirada; algún anhelo
Le inquieta y da vislumbres de amargura,
Y en lo triste le vuelven parecido
A un infelice de mujer nacido.

UN ÁNGEL DEL ORDEN DE DOMINACIONES

Es Isabel, á quien dejó el Eterno
Confiadas vastísimas regiones,
Cuando distribuyó su Providencia
El gobierno de imperios y ciudades
Entre Dominaciones, Potestades,
Y Virtudes angélicas; y viendo
Isabel que así el Asia como Europa,
Y aun los hijos de Cus, iban bebiendo
Su redención en la adorada copa

De la mística cena del Calvario,
Y que para el inmenso continente,
A su guarda fiado,
Entre ignorados mares sepultado,
É ignota siendo á todos su existencia,
No alumbraba la luz resplandeciente
Del Evangelio, y más y más se hundía
Su pueblo en ominosa idolatría,
Con su inmortal espíritu doliente
Pidió al Omnipotente
Expatriarse del cielo, y con su ausencia,
Formada de dolor y penitencia,
Impetrar del Eterno,
Si era posible, adelantar la hora
De arrancar de los brazos, que el infierno
Tendía en forma de insondados mares,
Su querida región, y en sus altares
Alzar la cruz de Cristo vencedora.
Después de cuatro siglos viene ahora
De la constelación que los humanos
Cruz del Sud llamarán, que es donde habita,

Al lado de sus tierras tropicales,
Aunque unido con Dios, que su infinita
Beatitud no le niega.

UN ÁNGEL

Del alcázar celeste los umbrales
Últimos va á tocar; ved cómo llega,
Se acerca y nos sonríe; ya los pasa.

UN CORO DE VIRTUDES

Como el infante á quien lloró perdido
La madre, y vuelve á la paterna casa,
Así el empíreo todo le ha mirado.

UN CORO DEL ORDEN DE DOMINACIONES

Con júbilo mayor le han recibido
Que á ese gran pecador arrepentido,
Que hace pocos instantes ha llegado.

Hacia el monte de Tronos, cuya cima
Coronan serafines que sustentan
La gloria del Muy Alto, se aproxima;
En sus alas de azul la faz esconde,
Prostérnase, y cuando el Increado
Hablar al ángel manda, así responde:
«Héme de nuevo aquí; yo soy el ángel,
Si no infeliz porque mi aliento inspiras,
Muy semejante en inquietud al triste.
La hermosa tierra que á guardar me diste
Yace en sombras de muerte. De tus iras
Cuando obediente al ímpetu divino
Se desbordó rugiente el Ponto Euxino,
Y, desolando el Ática, arrojóse
Por el mar, que entre Europa se dilata
Y Libia, cual celeste catarata,
Los linderos hercúleos traspasando,
Y se echó sobre Atlántida famosa,
Y la abismó del mar en lo profundo,
Sus vicios castigando,
¡Ay! yo perdí la hermosa

Esperanza de ver que el viejo mundo
Algún día llevara á mis regiones
Del Evangelio santo la doctrina,
Sirviéndole de puentes y jalones
Los imperios del Atlas hoy ruina.

» Las santas tradiciones

Que de Noé y sus hijos trasportaron
Los Gomeritas á mi virgen tierra,
Después que se apropiaron,
Cerca del arca diluvial, el arte
De transformar los leños de la sierra
En cuchillos del mar, no fueron parte
Para vencer en la obstinada guerra
Que les movía el enemigo eterno
De la Verdad, que no cesa de odiarte,
¡Oh, Altísimo! y las hordas de su infierno
Lanzaron, por opuestas direcciones,
Contra los Gomeritas,
Ya en el vórtice hirviente
De cien borrascas flotas de ismaelitas
Que en las vírgenes playas de Occidente

Dieron culto á los astros, ya del Asia,
Por las islas Aleucias trasmigrando
Al Septentrión del nuevo continente
Y á Méjico, á los tártaros con Buda.
Aun al impuro bando
Prestó Luzbel ayuda
De abyectos insulares,
Por el Asia escupidos á los mares
Del Sur, que al mundo afrentan
Pues con carne de humanos se alimentan.

»Inútil fué que yo ante los normandos,
Domadores del mar, cuando de Islandia
Partiendo, al austro ignoto dirigían
Las proras, aplanara el oleaje,
Y en la verde Groelandia
Vencedores echaran el anclaje ;
Inútil fué que á la feraz Winlandia,
Opima en vides, tras feliz viaje
Llegara Leif; también vano que luego
Desde el confín noruego

Fuera el obispo Erick, y con profundo
Celo evangelizara
El descubierto mundo.
¡Inútil todo! El ara
Yace por tierra. En tanto, el mal fecundo
Todo lo invade, y dueño se declara
De Norte á Sur del vasto continente.

»¿Qué importa que á la cruz los Gaspesianos
Adoren, si olvidaron á su Cristo,
Como en el Yucatán y entre la gente
Que el Paraguay habita?
En simulacros vanos
Día tras día transformarse he visto
Los trofeos que alzó á la Cruz bendita
La fe no ya nacida cuando muerta.

»Del palacio de Mitla, de Palanca,
Donde el arte agrupó la arquitectura
De Teba y Babilonia, de la puerta
Que, cruzada en el muro, deja franca



Chila á la subterránea sepultura
De su vieja pirámide desierta,
Las cruces nadie, ni Satán, arranca,
Porque el arte y la fe con mano dura
Las engastó en la pétrea contextura;
Mas, ¡ay! que sobre ellas el cruento
Sacrificio del Verbo cada día
Se renueva, pues toda idolatría
En torno de esas cruces tiene asiento.

»Mira el Perú: cansados de que todo
Ya ha sido su deidad, al Sol adoran
Con el nombre de Rami; los haitianos,
Con gestos de demente ó de beodo,
A los Zemés inútiles imploran;
Con palpitantes vísceras de humanos
En Tabasco á sus ídolos honoran;
En el Brasil, tras los combates fieros,
Van al festín las hordas victoriosas,
Y sus manjares son los prisioneros;
Cerca del Tucumán, ante las pieles



Del enemigo muerto rinden culto,
Y en Paria á los podridos esqueletos;
Al mismo Satanás adoran fieles,
Bajo del nombre de Watipa oculto,
Del Orinoco al lado. Están repletos
De víctimas sus dioses. Ahora mismo,
En menos tiempo del que el sol ha echado
En medirles un año, el fanatismo
A treinta mil en Méjico ha inmolado;
El teocalí de sangre se ha llenado,
Y con sus almas rebosó el abismo.

»En medio de este cúmulo de males
Yo tengo una esperanza, Padre mío:
Permite que te dé tan dulce nombre,
No por mí, pobre ángel, por el hombre
Por quien sufriste angustias sin iguales.

»Así como del orbe el poderío
Concentrado en la mano de Tiberio,
El Evangelio á pasos colosales

Recorrió los confines del imperio,
Y dominó doquiera, en mi hemisferio
El Inca fuerte con su trono abruma
Casi todo el Perú, y las principales
Regiones mejicanas
Tienen por soberano á Motezuma;
Pues bien, ¡oh Dios! por un solo momento
Tus milicias cristianas
Pon enfrente á esas bárbaras legiones,
Y rayo y muerte y fragoroso viento
Serán contra ese inmundo hacinamiento
De ídolos, reyes, hordas y ficciones.

» ¿Por qué no quieres de la gente iberá
Premiar la fe con mi región ignota?
Ya de Granada en las almenas flota
La siete veces secular bandera
Que corona tu cruz. Yo esta derrota
Que ahoga en el Genil la postrimera
Resistencia del árabe he esperado
Por muchos siglos, y también espera

Conmigo un solo hombre,
Que mortal no parece, y cuyo nombre
Es Cristóbal Colón ; y en tanto grado
Por su espíritu excede á los mortales,
Que, al verle una vez sola, he imaginado
Que en él brillan clarísimas señales
De ser el que abrirá al Crucificado
Las ignoradas tierras tropicales.»

Cállase el ángel ; el silencio crece ;
Después hacia el Excelso se adelanta
De fundadores la cohorte santa,
Y uno de ellos que á Cristo se parece
Por la llaga que en una y otra planta,
Y en sus manos y pecho resplandece,
El Serafín de Asis, el gran Francisco,
Dice así :

« Mi Señor, mi Dios y Todo,
Colón es siervo de tu humilde aprisco.
¿ Te ofendió de algún modo ?
¡ Quién impecable ! Ya en mi Orden Tercera

Se alistó de tu Cruz en la bandera,
Y hoy es su corazón un breve cielo
Que aspira á echar abajo la barrera
Del mar que se interpone entre ambos mundos,
Y hacer con sus bajeles
Puente por donde el celo
De tu Iglesia redima á los infieles.
También quiere extraer de los fecundos
Virgenes senos de la ansiada tierra
Tesoros con que alzar nueva cruzada,
Que reconquiste aquella venerada
Que de Jesús la sepultura encierra.»

Santiago, el que fué entre los apóstoles
Primero en el martirio, dice luego :
«¿Qué nación como España? Por su guerra
De siete siglos por la fe reñida,
Que más que lucha y epopeya un ruego
Ha sido y oración no interrumpida
Ante cruces de acero sobre malla,
Siendo oratorio el campo de batalla,

Merece el galardón de un nuevo mundo.
No quieras que el ferrado coselete,
Que se vistió con celo sin segundo
Después del Guadalete,
Mi España se descña un punto sólo,
Sin que adoren la cruz de Constantino
El tostado Ecuador y helado Polo,
El mar de Atlante y el picacho andino.»

Luego un coro de vírgenes se unía
Á estas plegarias, y se oyó este acento
De una que en sí tenía,
Con vibrar de infinito sentimiento,
De cien arpas eolias la armonía :
« Señor, si tu inscrutable entendimiento
Reclama un sacrificio
Para que el pueblo de Isabel consiga
De tu pasión sagrada el beneficio,
Amor de ti aprendido así me obliga,
¡ Porque lo libres de su error eterno
Ponme hasta el día del postrer juicio

Lejos de Ti, á las puertas del infierno!»

La Virgen Madre, la gentil Señora
Que, aun no llegada de Jesús la hora,
Viendo en las bodas de Caná las ánforas
Agotadas, decía á su divino
Hijo, con su mirada engendradora
De infinita piedad : « No tienen vino »,
Miró al Eterno y dijo :

« De Granada

Ya Colón para siempre se retira
Á seguir por Europa su camino
Con hijos, y sin pan, y sin posada,
Cual loco entre los hombres, él, que mira
Un mundo donde ellos no ven nada.

» Pocas almas le entienden : de ellas una
Tiene la talla de él ; es maravilla
De fe y virtud el corazón cristiano
De Isabel de Castilla,
Y grande al par del hemisferio arcano
Perdido en mares de ignorada orilla.

» Así, viendo Isabel que de la estancia
Regia Colón se ausenta decidido
A demandar su auxilio al rey de Francia,
Duda y vacila. En este mismo instante
Luis de Santángel dice conmovido
A la Reina que cómo no ha querido
Añadir á sus reinos el de Atlante,
Y una comarca al de Jesús entera,
Y mucho más cuando Colón no pide
Sino de aquello que ganar espera.

» ¿Oís, Eterno Padre? Coincide
Con Santángel el noble Quintanilla,
Y al mismo tiempo Fray Juan Pérez ora
De la Reina Isabel en la capilla,
Y me pide que sea mediadora
Cerca de Vos, y vuestra sierva implora.»

« Pues tú lo pides, sea »
Dijo la voz del Increado. « ¡Ahora! »

Se estremeció de júbilo el empiro,



Y ¡hosana! ¡hosana!, el cielo clamorea.
Arden los soles más por la mirada
Radiante de Isabel ya placentero,
Y cual flecha que lanza el saetero
Por la puerta de Elvira de Granada
Va por Colón á escape un mensajero,
Que antes que al puente llegue de los Pinos
Al perseguido alcanza.

Vuelve Colón, penetra en el palacio
Y ve á Isabel ; como á éxtasis divinos
El pensamiento de los dos se lanza ;
Por los ojos saliéronse al espacio
Sus almas, y enlazaron sus destinos
Por él la fe, gloriosa en sus caminos ;
Por ella, mujer fuerte, la esperanza.



II

EN LA RABIDA



Es media noche: calma bienhechora
De la Rábida reina en el convento
Por claustro y celdas; fray Juan Pérez ora.
En el pinar vecino suena el viento;
La inquieta voz del mar en los oídos
De la mujer del nauta soñoliento
Produce la ilusión de mil gemidos,
Y Colón, en su celda, de los cielos
Sigue el curso embargados los sentidos.

¡Cielo es también la Rábida! Se llena
Su pecho de gratísimos latidos
Recordando la ayuda y los anhelos
De fray Juan, Garci Hernández y Marchena.

¡ Con qué fruición repite todavía
Las frases que el mayor de los Pinzones
Al pueblo aquella tarde así decía!

« Disgustado me habéis, pues nadie escucha
Ni en Palos ni en Moguer sino presagios
De muerte y maldiciones, por la obra
Que, Dios mediante, llevaréis á cabo.
Cansado estoy de oír vanos quejidos.
¡ Pues qué! Mujeres, con vosotras hablo;
¿ Creéis que tengo el corazón de roca?
Pues me hice rico sólo porque amo.
Porque casa y comida ellos tuvieran,
Mi mujer y mis hijos, los pedazos
De mi alma, de los mares más remotos
Mil veces á mi hogar he regresado,
Ya sobre el buque airoso al puerto alegre,
Ó sin él con los remos de mis brazos.
Si con nosotros van vuestros maridos,
También nosotros la existencia amamos.

» Y vosotros, mis viejos camaradas,
¿Por ventura no sois los renombrados
Mareantes del África? ¿No fuisteis
Á ver si era verdad lo que contaron
De sus islas, ha poco descubiertas,
Los portugueses, hasta allí remando?
¿Envidiáis la fortuna que tuvieron,
Y decís que hay más nervio en vuestros brazos
Y más brío en el pecho, y vuestras naves
De más ligero andar, y que es el cáñamo
En los vuestros mejor que en sus velámenes?
Pues eso sobre el mar y navegando
Se prueba, y no tendidos en la playa,
Ó á la mujer ó al niño acariciando.

» ¿Ocasión no queriais? La presente
Excede á todas. Formaréis un cálculo
De su valor, sabiendo que esa guerra
De España contra el moro, que ha durado
Ocho siglos, con ser tan importante,
Menos fama dará á los soberanos
De Aragón y Castilla que esta empresa

A que con Dios y el Almirante vamos.
¡Qué es locural! ¿Pues yo á Martín Vicenti,
Del rey de Portugal piloto sabio,
No le he oído decir que á unas quinientas
Leguas hacia el Oeste, desde el cabo
De San Vicente, recogió del agua,
Soplando el viento occidental, pedazos
De madera labrada? ¿Y eso mismo
No vió de Don Cristóbal el cuñado,
Que todos conocéis, Pedro Correa,
En el mar que se quiebra en Porto Santo?

»¿De dónde á las Azores van los troncos
De enormes pinos que hasta allí arrastraron
Vientos de Oeste? ¡Ya hasta los cadáveres
De piel no vista llegan á avisarnos
De que existen las Indias de Occidental
Que lo diga si no ese veterano
Que de Santa María deja el puerto
Por venir con nosotros: ha diez años
Que, yendo á Irlanda, vió por el Oeste,
No muy lejos, la tierra de los tártaros.

Y yo, Martín Alonso, en Roma he visto
El mapamundi de Inocencio Octavo,
Que tiene al Occidente grandes tierras
Sin nombre, y son las Indias á que vamos.

» ¡ Pero teméis los mares tenebrosos
De aguas negras y ambiente emponzoñado,
Que el sol caldea, y donde las corrientes
Son montañas que suben hasta el rayo,
Y en su espalda remontan los navíos
Hasta la cima en que los coge el pájaro
Rock, cuyas alas son de cuatro millas,
Y se divierte en arrojar el barco
De un ala á otra hasta que el corvo pico
Mete en la entraña al marinero incauto,
Y al vacío le arroja, y en menudas
Trizas parte los mástiles y el casco,
Y uno á uno los lanza, entre graznidos
De gozo, en olas de betún amargo!

» Decidme: ¿quién ha visto esos horrores?



¿Quién la mar tenebrosa ha navegado?
¿Veis todos este mapa? Aquí un cosmógrafo
De Nubia, un perro moro, el africano
Edrisi, sobre el mar de las tinieblas
Pintó, porque lo quiso, horrible mano;
Pero ved este otro: el Almirante
Don Cristóbal lo ha hecho, y sin espantos
De Leviathán ni Behemoth lo pinta,
Sin vestiglos ni monstruos, todo llano,
Como lo hizo Dios y como llega
Amoroso ahora mismo á acariciarnos!»...

¡ Con qué ardor Garcí Hernández ofrecía
El oro de las índicas regiones
Al congregado pueblo que le oía,
Y la aromada especia,
No más lucro de Amalfi ó de Venecia!

Bien merecen tu vida de desvelos
Y el corazón saciado de amargura

Esa aurora que esperas,
¡Oh Colón! No hay quien pueda á tu ventura
Oponerse. ¿Es verdad? Faltan tres horas,
Y llegarán ligeras,
Y en pena se hundirán de que tardaron
En el caos de los siglos que pasaron.

Mas ¡ay! que ni estas horas placenteras
Han de darte la paz ; domaste al mundo ;
Los reyes de Castilla en ti fiaron,
Y se quedó en el fiel la real balanza,
Aunque corona y cetro ellos pesaron
Mientras tú nada más que tu esperanza.
¡No es posible la paz! Mira esa sombra
Que con fulgor fatídico llamea
Y del báratro surge, á ti se lanza,
Y en tu alma, vistiéndose de idea,
Así prorrumpe luego que te nombra :

«¡Mírame y tiembla! Abdemelech mi nombre,
Y soy la diestra de Satán. ¿Tú sueñas,

Tras de setenta siglos que apartadas
Tuve de Dios las Indias, ser el hombre
Que, segundo Cristóbal, lleve á Cristo?
¡Mísero! En vano tu valor empeñas.
¡Pues qué! ¿No haré subir, entre oleadas
Que salpiquen los cielos, tus pequeñas
Carabelas, ahora sosegadas?
Sábelo, iluso: á las que juzgas tierras
Vírgenes y de todos ignoradas,
Ya fueron hombres de la extrema Thule,
Cual centauros del mar en sus dragones;
Los hice mi ludibrio; como sierra
Eché el mar en sus cien embarcaciones
Y aunque pisaron la ribera indiana,
Y elevaron la cruz sobre su tierra,
Fué todo inútil, pues continua guerra
Les hice, y se acabó la grey cristiana.

» ¡Abdemelech mi nombre! ¿Todavía
No me conoces? Yo soy tu enemigo;
Por mí tu patria, Génova, crec vana

Tu promesa, y desdeña tu porfía ,
Aunque en tu plan le brindas el castigo
De Pisa, su rival, y las cadenas
Que arrancó de sus flotas la pisana ,
De sus patricios sepulcral trofeo,
Le ofreces rescatar ; la soberana
Del Adriático mar, gentil Venecia ,
Te recuerda que á muchos el deseo
Que te anima en las olas dió sepulcro ;
Si el atrevido Portugal desprecia ,
Aferrándose al África, tus planes ,
Es por mí ; si Fernando,
Á quien el mundo por prudente aprecia ,
Rehusa que sus bravos capitanes
Cambien el mar de Barcelona y Grecia
Por el ignoto mar de tus afanes,
Por mí también ! Desiste de esa extraña
Pretensión. Un Océano te espera
Que sólo de Satán los reinos baña.

» Á un loco como tú tan sólo España

Ha podido abrir paso en su carrera ;
Mira si no quién sigue tus destinos :
Cien frailes, diez señores, tres marinos,
É Isabel, coronada aventurera !

» Vas á arrastrar por olas sin ribera,
Llevándote á sus padres, las fortunas
De cien niños que duermen en los pinos
De pedazos de naves, que hoy son cunas.
Y tú mismo á tus hijos abandonas
Y el amor. ¡ Son tan gratos sus ensueños !
Yo diera, no quiméricos empeños
Como el tuyo, del mundo las coronas,
Por tener bajo el sol de Andalucía
Dulce amor, tierra firme y claro día ! »

¿ Vacilaba Colón ? Vibró en la torre
La campana cual himno de la aurora,
Y huyó la tentación. El pueblo corre
De la playa al convento, pues ya es hora

De tomar el viático en la cena,
Que al débil nutre y vigoriza al fuerte.
¡ Con quién mejor irán los marineros
Que con aquel Jesús que á Pedro ordena
Que con pasos ligeros
Camine sobre el mar como en la arena !

Tañen mucho y alegre las campanas ;
La marinera gente se amontona
En la capilla , al pie de su Patrona ;
Y con las luces eran las ventanas
Como ojos de la fe , que parecían
Que , abiertos sobre el caos , á sí atraían
Serie nueva de espléndidas mañanas.

Con la sagrada veste al ara sube
Fray Juan Pérez , y cuando la hostia santa
Sobre azulada nube
De incienso entre sus dedos se levanta ,
Ofrece al Padre Eterno el sacrificio
Por que otorgue á Colón el beneficio
De que lleguen los días

En que igual que en Levante en el Poniente,
Como anunció el profeta Malaquías,
En un altar comulgue toda gente.

—*Ecce Agnus Dei*,— el sacerdote dijo,
El copón en la mano; las esquilas
Sonaron con solemne regocijo;
Fijáronse en la Hostia las pupilas;
Comulgaron Colón y los Pinzones,
Y todos luego, el fraile los bendijo,
Y entre preces y lágrimas tranquilas,
Á los pies de la Virgen con su hijo
Encomiendan aquellos corazones
Hijos, mujeres, padres y afecciones.

Salen del templo; por la cuesta abrupta,
Que á Palos va, con lentitud descienden;
Con sus fulgores últimos esplenden
Los astros; el lucero matutino
Fulgura alegre; con su acre aroma
Impregna al aura matinal el pino,



Y por Oriente el rosicler asoma.

Por entre las ventanas que se agitan ,
«¡Ya se van!» «¡ya se van!» las madres gritan ;
Bullen los niños, las mujeres lloran
Que á los maridos y á los hijos traban
Con abrazos y besos, que no acaban ;
Y cuando, desoladas, les imploran
Que no partan, del pecho se las quitan ,
Y á los remos por fin se precipitan.

Atracó la canoa capitana :
Colón y Fray Juan Pérez se fundieron
Con un abrazo en caridad cristiana.
— «¡Adiós!» con las miradas se dijeron ;
Lloraron ; ambos la señal hicieron
De la cruz, y saltando á su liviana
Barquilla el Almirante,
Ganó en nombre de Dios el mar de Atlante.

Los pilotos vocean ; suenan pitos

Que ordenan maniobrar ; Colón aborda
Con los honores á su cargo adscritos
Como gran Almirante de Castilla ;
Con ademán imperativo asorda
El confuso zumbar de varios gritos ;
Dispone desanclar ; desde toldilla
Manda quitar el pabellón de leva,
Y en su lugar se eleva,
Como estandarte real de la flotilla,
La imagen de Jesús crucificado.
Colócase en su cuarto el Almirante
Iniciando la guardia ; reposado
Miró á la playa, saludó al gentío,
Y ordenó, superando al vocerío,
De Jesucristo en nombre ir adelante,
Y desplegar sus velas,
Cual cruzados del mar, las carabelas.

Fresca brisa del Este hinche el velamen ;
Sobre el convento el sol por verlas corre,
A tiempo que las aguas de la Torre

De la Arenilla los costados lamen
De la *Santa María*,
Que á la *Pinta* y la *Niña* precedía.

Después un seno del Odiel oculta
Las naves, y á la gente en la ribera,
Que del retorno casi desespera,
En desconsuelo y soledad sepulta.

Franqueada la islilla
De Saltés, y ante Huelva la flotilla,
Al Suroeste singla hacia Canarias;
Y cuando ya en las líneas solitarias,
Donde se juntan agua y firmamento,
Con los suyos Colón desaparecía,
Fray Juan, en lo más alto del convento,
Miró, rezó, bendijo, y le seguía
Sirviéndole de nave el pensamiento.



III

EL CANTO DE LAS LUCAYAS



MIRADLAS ; son tres puntos ; viran solas
En medio de las olas,
Cuyo fin nadie alcanza ni adivina ;
Cielo mudo, mar quieto, inmensa calma
Colón parece el alma
De Orfeo en pos de Eurídice divina.

Nadie los ve ; están fuera de la historia ;
De algunos la memoria
Rompe tal vez los muros del olvido.

¡ Hato de avaros, locos é imprudentes,
Aunque algunos valientes,
Que la mar tenebrosa ya ha sorbido!

Como el viento de Dios el primer día
Creando discurría
Sobre las aguas con vigor fecundo,
Sobre el caos de fantásticos vestiglos
Llevan setenta siglos
De progreso y de vida al Nuevo Mundo.

Cruzando va Colón del mar de Atlante,
Cual paloma gigante,
En vez de sirtes infinitas galas,
Y en sus alas el ave colombina
Lleva la cruz divina,
Y la *Pinta* y la *Niña* son sus alas.

En vano á la energía creadora
De Colón van ahora
A espantar ya del Teide el pico ardiente,
Ramos de fuego por la etérea cumbre,
Ni el ansia y pesadumbre
De ver su barco inmóvil en muerto ambiente,

Ni las flotantes islas de verdura ,
Con que enredar procura
Alguna Armida el corte de su quilla,
Ni el mirar con el alma atribulada ,
Que la aguja imantada
Ya á la polar estrella no se humilla.

Quien trató como igual á las naciones,
É impuso condiciones
Á los reyes del mundo , á los de España,
Venció sarcasmos, miedos y tibiezas,
Y doctas futilidades,
Y pan y honor obtuvo en tierra extraña,

No ha de temblar cuando se encuentra dueño
Del codiciado leño
Que ha de llevarle al fin de sus ardores,
Y mucho más cuando la mar hermosa
Ante sus pies reposa
Como nereida en tálamo de flores,

Y le cercan del mar las golondrinas,
Indudables vecinas
De tierra indiana, y el alisio viento
Jarcia y velas impele con blandura,
Y al mundo austral augura
Nuevo matiz del agua y firmamento ,

Y el gran Pinzón con lealtad le escuda,
• Y la protesta muda
Previene de unos cuantos y refrena,
Y le dice que toda cobardía
Se acabará en un día
Colgando á cuatro ó seis de alguna antena;

Y la luna que riela dulcemente,
Y en la unidad luciente
De su rayo parece que revela ,
Con la unidad del Ente Soberano,
La del mundo, que en vano
El mar partió, y va á unir su carabela,

¡Tierra! ¡Tierra por fin! Desque el lucero,
De reyes mensajero,
De Belén de Judá brilló en la gruta,
¿Qué vista hirió jamás absorto al hombre,
Como aquella sin nombre,
Con que á la fe la inmensidad tributa?

¿Quién el primero vió la costa indiana?
¿Rodrigo de Triana,
O en la ondulante luz el noble anciano?
Colón antes que todos la veía,
Pues su alma la tenía
Más firme que en su asiento el Oceano.

Mientras que en la penumbra matutina,
Como hostia divina
Que buscaba de Cristo el ara nueva,
No salía del mar el orbe hallado
Que, como don sagrado
A su constancia, ante Colón se eleva,

Anegado en sublimes alegrías,
Al par que de Isaías
Y de Daniel, con íntimos comentarios,
Recuerda las sagradas predicciones,
Escucha extraños sonos,
Rumor de esferas, música de vientos.

Con esos himnos, que el oído humano
Pierde en el cotidiano
Rumor, y en que prorrumpe cuanto vive,
De muchas islas entre sí vecinas,
Cual pléyada de ondinas,
Así es el canto que Colón percibe :

«¡Bien venido, Colón, á nuestras playas!
¡Así nunca te vayas
De esta vasta región que señoreas!
Dios nos creó, pero del caos segundo
Tú sacas este mundo
Y la Cruz nos redime. ¡Eterno seas!

» Para calmar tu rudo itinerario,
Y en Tábor tu calvario
Transformar, y en delicias tu esperanza,
Separarnos mandó el Omnipotente
De un vasto continente,
Y á tu encuentro solícito nos lanza.

» ¡Henos aquí! Tú el inventor has sido
De un nuevo edén perdido,
Y arrebataste al ángel de su mano
La ardiente espada que por tantos siglos
Forjaron los vestiglos
Y terrores sin fin del Oceano.

» No es Cipango, ni Zaito, ni el Cathay
Lo que á tus plantas hay:
Error comienza lo que acaba acierto;
Lo que ignorabas tú Dios lo sabía;
Firmeza te pedía,
Y en vez de senda un mundo has descubierto.

» ¡Y qué mundo, Colón! La esencia rica
Parece que se explica
Del suelo ecuatorial por más cercano
Al Criador, y es tal por su hermosura
Que ser parece hechura
Privilegiada de la excelsa mano.

» Levanta la cabeza: hasta en la noche
Prestigioso derroche
De la luz zodiacal todo lo entona;
Por las zafíreas capas del ambiente
Su cabrilleo ardiente
Baja á dormir del piélago en la zona.

» Mira en los vastos reinos siderales
Con lampos zenitales
La cruz del Sud, la nave y serpentario,
Y las que luego nubes magallánicas
Serán, en las oceánicas
Lindes, como vapor de alto incensario.

» De la Vía y cohortes mil de astros
Los diamantinos rastros
Descienden á juntar su lucimiento
Con las fosforescentes radiaciones
De atómicos trillones
De seres á que el mar les da elemento.

» Bajo el verde cristal de nuestros mares
Mira los globulares
Mamarios en enjambres flotadores,
Y frente al leve andar de los ciclidos
Los imponentes ruidos
De cetáceos del Norte emigradores.

» ¡ Hasta la sombra es luz! La ola fulgura,
Cuando con singladura
Rauda el petrel la hiende, ó del bonito,
De dorso azul y aletas plateadas,
Acrecen las bandadas
Este holgorio de luz casi infinito.

» Cual por cráteres mil la incandescente
Germinación latente
Irrumpe, y toda orgía es la floresta,
Y es floresta y verjel la tierra toda
Para la eterna boda
De la forma y color siempre dispuesta.

» Finge pilastras, cipos, candeleros,
Ventalles y plumeros,
Y es tan espesa mi florida trama,
Que á la encantada vista se le antoja
Que brotan de una hoja
La caña y el lentisco en una rama.

» Y sobre pitas, palmas y nopales,
Y hasta en los oquedales,
Salta y se enrolla la gentil liana,
Y acaso el precipicio festonea,
Ó en su fondo serpea,
Ó al ceiba rey del bosque ciñe ufana.

» Tal vez gimen su arrullo las palomas
Cerca de los aromas
Que da al pie que la huella la anserina,
Y de luciolas, colibrís, sinsontes,
Llena los horizontes
De arpegio y luz bandada peregrina.

» Esto has venido á ver en nuestras playas.
¡ Nunca de ellas te vayas,
Pues por España al fin las señoreas! »
Cesó la voz ; y con el día el mundo ,
Saliendo del profundo ,
Exclamaba á Colón : ¡ Bendito seas !

Poco después, por Dios y por Castilla
Doblaba la rodilla
Colón sobre la tierra que amó tanto ,
Y el Héroe y los de España ¡ oh gran momento !
Con castellano acento
Cantan himnos al Dios tres veces santo.

.....

Muere Colón, y empieza el Almirante.
¡Ah! Desde aquí adelante,
Colón, eres la sombra de ti mismo ;
Sombra inmensa, verdad; mas sombra al cabo;
Y aunque siempre te alabo,
La nave es el Tábor de tu heroísmo.

Por eso tú á tu empresa te oponías
Si á los Reyes pedías
El oro antes de hallar su criadero.
¡Qué es el hombre! Diosquiso en ti al marino,
Y no de su divino
Sepulcro otro Buillón con más dinero.

Tus pensamientos son cual la carrera
Del sol sobre la esfera :
Si tuyo el Occidente, hallaras modo
De unir la Palestina con tu historia,
¿Qué iba á ser de la gloria
De los demás llenándolo tú todo?

Como el mar, pára el hombre donde quedo
Le manda estar el dedo
Del Árbitro infinito, y esa raya
Puso la Providencia en tu camino
Donde acabó el marino :
Del Nuevo Mundo en la primera playa.

Repasarás el mar, que has conquistado,
En grillos aherrojado
Que forjó la prudencia de un golilla.
¡ Ah! Tú sabes que son áureas cadenas
Que ligan las arenas
Del Nuevo Mundo al trono de Castilla.

¿ Se oscurecen tus ojos poco á poco ?
¡ Visto el sublime foco
De luz ecuatorial, ya no hoy luz pura !
¡ Colón ! Con tus cadenas como estola,
Sube por la aureola
Que Dios junto á su trono te asegura !



COLÓN! Yo soy tu América. ¿Y un nombre
Que no es el tuyo arrastro por la historia?
Numen de Anacoana, del gran hombre
Inspira en desagravio himno de gloria.
Renazca Heredia y al Parnaso asombre ;
Que en concierto triunfal por su memoria ,
Con mis poetas desbordarme ansío ,
Toda yo, en canto inmenso, como mío.

¡ Cantadle! El Padre Eterno de la nada
Me sacó, y luego el Hijo me veía
Aun pendiente en la cruz, y en su mirada
De víctima amorosa me ofrecía
La paloma en Colón que á la increada

IV

EL NUEVO MUNDO Á COLÓN

Paloma del Espíritu traería,
Y en sus alas de amor y de esperanza
Redención, alegría y venturanza.

Mas no apartéis jamás en vuestro canto
Á España de Colón ; si él fué la idea,
Ella fué el brazo, y de Isabel el manto
Cubrió mi desnudez, bendita sea.
Si con Marchena y Pérez me abrillanto,
Casas, Deza y Pinzón me dan presea,
Y Santángel y cien con Quintanilla
Ya del suelo andaluz, ya de Castilla.

Si como el porvenir lo es del presente,
Es lo presente fruto del pasado,
La progenie de Wáshington valiente
Está en Ojeda, en el ardor sagrado
De las Casas á Lincoln se presiente ;
Franklin vino en Pinzón, y el genio alado
De Edison y de Fulton ya en las velas
Susurró de las madres carabelas.



Gloria en Colón á nuestra madre España,
Pues con sangre de mártires hispanos,
De Ortiz y Souza, arraigó en mi entraña
La semilla inmortal de los cristianos.
Gloria también por su inefable hazaña
Con Pizarro y Cortés, porque los granos
No fructifican, ni la tierra abunda,
Si el hierro afanador no la fecunda.

¡Amemos siempre á España! Casi muerte
Se dió por darnos vida, pues las llaves
Que dió Boabdil, para mi gloria y suerte,
Cambió el hada Isabel en las tres naves
Que me sacaron del abismo inerte.
¿Cuánto más dulce hendir las olas suaves
Del mar Mediterráneo y la africana
Tierra llenar de gloria castellana?

De amor y gloria es digna, pueblos míos.
¿La independenciamáis? Del león ibero
Ya os apropiasteis bien garras y bríos.

¿Pero odia acaso el cachorrillo al fiero
Progenitor? Los justos albedríos
Del hijo emancipado aunque venero,
Pues por España sois, filiales lazos
Tejan los libres pero amantes brazos.

¡Reina de triste suerte es la matrona
Que nos alzó á la historia y á la vida!
Entonces, como el sol, fué su corona
Entre dos hemisferios repartida ;
Mas hoy... ¿Lo oís, naciones que en mi zona
Crecisteis al amparo de su egida?
Estáis en descubierto con España :
¿Debéisla un mundo? Pues pagad su hazaña.

¡Imaginadla cual nación inmensa
Que de Vitoria y Vives, de Cisneros
Y Calderón, con el cerebro piensa,
Y que tiene por brazos los aceros
De Olísipo y Barcino, y por la extensa
Africa lanza al fin sus caballeros,

Y en mí la escoltan dieciséis naciones,
Dando escolta á un león muchos leones!

¡Oh! Sí, que vuestro canto de alabanza
Junte á España y Colón. Y tú, de América
Padre inmortal, desde tu cielo alcanza
Que á los pueblos que unió tu lucha homérica
Nunca el odio separe, y su alianza
Lleve á la grey del Andes y á la ibérica
Las dos cohortes de tu inmensa gloria,
En paz la dicha, en guerra la victoria.









